

Algunas personas sensatas han llegado á temer lo anterior, y si nosotros tratamos este punto, es tan sólo por no dejar lacuna en nuestro trabajo.

Poco podemos decir del Señor General Félix Díaz, pues sólo es conocido en la Capital de la República y más bien por su modo de ser social que como hombre público.

Pues bien, si á pesar de haber figurado en escenario tan culminante, no se ha dado á conocer, es porque no tiene cualidades muy notables. Esto no siempre es un defecto, pero sí lo es en el caso que nos ocupa, pues es indudable que este Señor, al llegar á la Presidencia, intentará seguir la misma política que su tío y aunque se le facilitará sostenerse en el poder como ya hemos visto al tratar del Señor Corral, no podemos prever qué uso hará de él, pues como para ejercer el poder absoluto no hay más ley que la voluntad del que lo ejerce, resulta que no existe regla fija ninguna para prever las consecuencias que puedan resultar.

La historia nos enseña muchos casos de personas de una gran mansedumbre, de una amabilidad extrema, que respetaban la ley con un celo religioso, que amaban al pueblo, etc., pero que una vez llegados al poder absoluto, eran los tiranos más terribles. ¡No olvidemos nunca las lecciones de la Historia! Tiberio era casi un hombre modelo bajo el Imperio de Augusto, pero una vez con el poder absoluto, fué de los Emperadores más corrompidos y crueles de la antigua Roma.

Además, bastaría con el solo hecho de tener ciertas apariencias de dinastía, para que la candidatura del Sr. General Félix Díaz fuera recibida con su-

ma repugnancia por la Nación y esta repugnancia que si bien es cierto, todo hace aparecer como inofensiva, puede muy bien convertirse en un obstáculo terrible para su Administración.

En pocas palabras, diremos que este Señor intentaría seguir la misma política de su tío sin tener los mismos antecedentes, ni el mismo tacto, ni el mismo talento, y las consecuencias serían desastrosas para el país, á quien el porvenir se presentaría bajo la forma del siguiente dilema:

Continuación de la servidumbre, con la perpetuación indefinida del actual régimen de gobierno, ó la anarquía con el cambio de gobierno por medio de una revolución.

#### Consideraciones Generales.

Este dilema se presentará al tratar de cualesquiera de los sucesores que el General Díaz desee imponernos.

Por esta circunstancia, entre personas independientes se muestran todos tan difíciles de contentar cuando se habla de candidatos, pues á todas se les encuentran grandes defectos y se teme, con razón, que al tener en sus manos el poder absoluto, den rienda suelta á sus pasiones.

El General Díaz, para llevar adelante sus planes, ha tenido que violar la ley en el fondo, respetándola en la forma.

Este ejemplo seguido por toda la Nación, ha dado por resultado el desprestigio de la ley, que todo el mundo interpreta según su conveniencia y que al disimulo se le considere como una de las formas de cortesía, como una cualidad indispensable para prosperar en estos tiempos. Esto ha aca-



bado con la idea que debe de tenerse del honor y de la dignidad, pues lo que siempre se busca, es la observación de las fórmulas, el respeto á las apariencias, y el honor y la dignidad, no pueden existir sino en el fondo de las cosas, en las profundidades de la conciencia.

Pues bien, la Nación ha contraído esos hábitos funestos y el de obedecer ciegamente las órdenes de sus mandatarios.

Para que se extirpen tan profundos hábitos, será necesario una reacción vigorosa por medio de las prácticas democráticas, pues si continúa el actual régimen de cosas, la Nación seguirá por el camino que lleva. Los sucesores del General Díaz, procurarán no hacerle perder las costumbres adquiridas.

Pero no sería eso lo más funesto, sino que la Nación iría enriqueciendo su caudal de hábitos perniciosos, con cada nuevo mandatario.

Así por ejemplo: el General Díaz, es un hombre honrado y puro de costumbres, y sin embargo, no ha podido impedir una gran corrupción en su administración y cierta degeneración en las costumbres. Pero ¿qué sucedería si su sucesor llegará á ser un prostituido? Que ese ejemplo nefasto cundirá aun más rápidamente que la costumbre de violar la ley, porque después de todo, al violarla se lesionaban ciertos intereses materiales y había quien protestara, mientras que, contra los desórdenes del disoluto no habrá quien proteste sino que todos se apresurarán á imitar su ejemplo y á disculpar sus propias faltas con el ejemplo que reciben de más arriba. Así como ahora á nadie se le tiene á mal

que viole la ley, entonces nadie se escandalizará al ver que se cometan los más vergonzosos atentados contra la moral.

Debemos estremecernos al pensar en esta posibilidad, que desgraciadamente encontramos tan probable, si comparamos nuestra situación con la que han tenido que sufrir otros pueblos.

Pero sin ir muy lejos ¿no vemos como aquí en México todos intentan imitar al General Díaz, hasta en cosas tan triviales como tener su círculo de amigos y tomar un baño de regadera á las 5 de la mañana, como dice con tanto ingenio el Señor Lic. Moheno?

¿No vemos al General Reyes mandando hacer un magnífico cuadro en donde se representa la toma de Pueblo Nuevo, tan solo porque al General Díaz le hicieron otro representando el asalto de Puebla el 2 de Abril?

¿No vemos que todos los Gobernadores imitan el ejemplo del Caudillo Tuxtepecano, empleando hábilmente el famoso *extinguidor*?

Pues bien, si no vacilan en imitar al Jefe de Estado al manejar instrumentos tan peligrosos como el *extinguidor*. ¿por qué no lo imitarán al tratarse de dar amablemente rienda á todas sus pasiones?

Así como el General Díaz ha acabado con todo el valor civil, y con el respeto á la ley, su sucesor acabará con el valor personal y con el respeto á la dignidad humana, pues en una sociedad prostituida, se enervan todas las facultades nobles del alma y se rebaja al hombre al estado de bestialidad, puesto que el único móvil que lo guía es la satisfacción de los insaciables apetitos de la *bestia hu-*



*mana*; y las nobles aspiraciones del espíritu de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no encuentran cabida en tal sociedad.

Que venga después un hombre ávido de riquezas, y entonces hasta el bien material de que disfrutaban los ricos, se verá amenazado, y aumentará la corrupción y la Nación seguirá por la senda fatal que la llevará á su ruina.

Otra vez tendremos que defendernos del cargo de pesimistas que nos harán algunos de los que tienen ojos y no ven, pero les contestaremos lo de siempre: allí está la historia inflexible y serena. Ella nos demuestra que los pueblos más poderosos han llegado á la degradación más lastimosa, tan pronto como han abdicado su libertad y se han puesto en manos de un solo hombre.

Una vez establecido el poder absoluto, ya no habrá regla para escoger al gobernante.

Roma, acostumbrada á la servidumbre por Augusto, admitió á la muerte de éste, el yugo de Tiberio, austero y valeroso militar; pero una vez éste en el poder, dió rienda suelta á sus más bajas pasiones, las cuales había ocultado antes, porque se distinguía en el arte del disimulo, tan en boga en nuestros días. ¡Cuidémonos de esos que tan bien saben disimular!

Después, Roma admitió el yugo del primero que se presentaba, y la historia nos presenta el tristísimo espectáculo del pueblo más grande del mundo, coronando César á los más corrompidos cortesanos á los que habían hecho su carrera prestando servicios vergonzosos á sus antecesores, [léase: Los Doce Césares de Suetonio].

Y esos hechos han pasado en otros países también, pero en ninguna parte han tenido un escenario tan vasto, y por ese motivo no han tenido la misma resonancia.

Ya vemos pues, cuan funesto sería para nuestra Patria dejar que se implante definitivamente en nuestro suelo el régimen de poder absoluto.

Lo hemos dicho varias veces, pero no nos cansaremos de repetirlo. El régimen de poder absoluto será funesto para nuestra Patria; pues si el General Díaz, á quien se reconocen tan grandes virtudes, nos presenta un balance tan desfavorable á su administración, tan sólo por haber establecido el poder absoluto, ¿qué será cuando su sucesor lo prolongue indefinidamente y no tenga las virtudes de nuestro actual mandatario?

Hay que desengañarse, vamos por una pendiente fatal, y nosotros no podremos sufrir tantos años de decadencia como resistió Roma, porque aquella gran República tenía una vitalidad asombrosa, y había conquistado á todo el mundo, así es que no existía ninguna Nación que pudiera atacarla; mientras que nosotros, somos un pueblo débil, que tenemos por vecino á un pueblo poderoso que bien puede desear ensanchar sus fronteras, invocando algún pretexto como lo sería el de regenerar á nuestro país. En este caso, nuestra resistencia sería muy débil y la pérdida de nuestra independencia segura.

A esto nos llevará uno de los extremos del dilema.

Si por el contrario, á la muerte del General Díaz la Nación no tolera más á su sucesor y por cualquier motivo que sea se levanta en armas contra él,



volveremos á la era de revueltas intestinas con su inseparable cortejo de vicisitudes, y con la amenaza constante de la intervenci3n extranjera, que aunque nos encontraría más fuertes, porque el hecho de que la Naci3n hubiera reaccionado demostraría que aunque mal empleadas, tenía aún grandes energías, no por eso dejaría de ser un gran peligro, por lo menos, para la integridad de nuestro territorio.

Este extremo del dilema, aunque más violento, sería el que menos males acarrearía á la Patria, pues no es lo mismo perder parte del territorio de la República después de haberlo defendido valerosamente con las armas en la mano, que caer inermes bajo el peso de nuestros vicios, sufriendo la muerte vergonzosa del libertino.

A nadie se le oculta que nuestra situaci3n internacional es muy delicada, necesitamos un gran tacto para evitar todo conflicto y gran patriotismo para fortalecernos, para elevarnos, á fin de que nuestra fuerza sea cada más imponente y más respetable.

México pasa por uno de los períodos de su historia más peligroso y sólo el patriotismo de todos los mexicanos podrá salvarlo de las tempestades que lo amenazan.

Pero la palabra patriotismo ha sido corrompida como todo lo demás. Ya nadie la interpreta en su verdadero sentido, sino que lo adulteran para servir de ella según su conveniencia, así como hacen con todas las leyes.

Nosotros decimos: en este caso el patriotismo debía de consistir en que cada quien sacrificara sus ambiciones personales y procurara amoldar todos

sus actos á la ley, respetando nuestra sabia Constituci3n, rindiendo culto á la voluntad nacional libremente manifestada.

Los aduladores del General Díaz nos dicen: el patriotismo en las actuales circunstancias consiste en reelegir al hombre extraordinario que por más de 30 años ha llevado con raro acierto las riendas del gobierno; sólo él será capaz de llevar á la Naci3n á sus grandes destinos; déjemoslo que corone su obra.

Muy bien, decimos nosotros, no nos oponemos á que siga el General Díaz en el poder, si tal es la voluntad de la Naci3n; pero que se deje á ésta el medio de manifestarla libremente.

A esto contestan que siempre se ha dejado á la Naci3n en absoluta libertad, que el Jefe del Estado siempre ha rendido culto á la Constituci3n, que ha sido el infatigable sostén de la ley.

Con eso nos quitan todo argumento, pues nos hablan en un idioma que no es el nuestro. Nosotros empleamos el de la verdad y nuestros adversarios el convencional tan en boga en estos tiempos en que todo el mundo sabe representar tan bien su papel. Con este motivo, desconfiamos de todo lo que nos había dicho nuestro interlocutor, hasta lo referente al coronamiento de la obra del General Díaz, pues si por eso debemos entender que va á coronar su obra devolviéndonos nuestras libertades, no sabemos porqué no lo habrá empezado á hacer poco á poco que será como no resentiría ningún trastorno la Naci3n; en cambio, si por coronamiento de su obra, debemos entender la implantaci3n definitiva del centralismo y del absolutismo,



entonces sí comprendemos muy bien, pero no estamos de acuerdo en que se lleve adelante tal coronamiento y nos opondremos á ello dentro de la ley, hasta donde nos alcancen nuestras fuerzas.

Sin embargo, algunos publicistas ya no se toman la molestia de disfrazar su pensamiento y nos dicen con ruda franqueza «Aun no estamos aptos para la democracia, necesitamos una mano de hierro que nos gobierne.»

Desgraciadamente hasta esa *ruda franqueza* es falsa, pues no es eso lo que piensan; su idea es defender á todo trance el actual régimen de cosas tan favorable á sus intereses, pues los que así nos hablan son generalmente los que reciben beneficios más ó menos directos del Gobierno actual.

En efecto, la contestación á su afirmación es muy sencilla: Admitiendo por un momento que no estemos aptos para la democracia, ¿de qué manera lograremos llegar á familiarizarnos con sus prácticas si nunca se nos deja practicarlas? La frase de prácticas democráticas, que es la consagrada por la costumbre, implica desde luego la teoría puesta en acción y mientras esto no suceda, mientras los pueblos no lleven á la práctica los ideales democráticos, nunca se familiarizarán con ellos.

Por consiguiente, si ahora estamos menos aptos para la democracia que hace 30 años, como lo demuestra el hecho de que en aquella época existía en las cámaras de representantes un elemento opositor bien organizado, y que ahora no existe ni sombra de oposición. ¿qué sucederá si la actual situación se prolonga aún más? Lo lógico es esperar que el poco espíritu público que aun se nota,

acabará por desaparecer y cada vez estaremos menos aptos para la democracia.

Decíamos más arriba que solamente el patriotismo de todos los mexicanos puede salvar á la Patria de las tempestades que la amenazan.

Ya hemos visto que la corruptora influencia del absolutismo ha falseado hasta la significación de la palabra patriotismo, y hemos podido comprender que no debemos esperar que el elemento oficial haga algún esfuerzo para salvar á la Patria; pues mareados por la adulación, preocupados de su política personal, nuestros mandatarios no quieren ó no pueden ver el peligro á donde nos llevan.

Una vez hecha esta dolorosa reflexión, nos preguntamos ¿qué por el sólo hecho de que no tenemos esperanzas de que nos salven nuestros actuales gobernantes, vamos á dejar que nos lleven al desastre? ¿qué entre el elemento independiente no se encontrarán ciudadanos bastante valerosos para organizar las fuerzas de la Nación y procurar salvarla, aun arrojando las iras de los actuales mandatarios?

Fríamente hemos estudiado los dos extremos del dilema á donde nos llevarán el General Díaz y el círculo que lo rodea.

Para esto hemos considerado únicamente los elementos con que generalmente se cuenta, sin tener para nada en consideración el elemento pueblo, la voluntad nacional, que tendrá que terciar en la lucha que sostienen los dos bandos porfiristas al disputarse la preciosa herencia. Nosotros así lo creemos, y no solamente abrigamos esa convicción, sino que tenemos la seguridad de que ese elemento



tan despreciado en estos días, muy pronto llegará á revestir tal importancia, que será el que determine cual ha de ser su destino.

Pero antes de llegar á estudiar las fuerza con que cuenta el elemento independiente para la reivindicación de sus derechos, convendrá plantear de un modo claro el problema que tendrá que resolver.

**Problema trascendental.** El problema se reduce á lo siguiente:

¿Conviene á la Nación Mexicana la continuación del actual régimen de poder absoluto, ó bien la implantación de las prácticas democráticas?

Si lo primero, indudablemente que el papel de los ciudadanos independientes se reducirá á aprobar con su silencio ó con su indiferencia, la nueva reelección del General Díaz, y á los que quieran seguir en el poder, formar entre sí banderías para que resulte Vice-Presidente el que más les convenga para sus intereses particulares.

En cambio, si lo que conviene al país es la alternabilidad de los funcionarios por medio de la implantación de las prácticas democráticas, entonces el papel de los ciudadanos independientes debe ser importantísimo, pues deben de organizar un partido que, por sus tendencias será democrático y procurar luchar valerosamente en la próxima campaña electoral contra el elemento oficial, pues de éste no podrá esperarse ningún esfuerzo en pro de la democracia.

Creemos haber demostrado de un modo fuera de duda, que la prolongación del régimen de poder absoluto será funesto para la República, y que no hay que esperar que la actual administración cam-

bie de tendencias; por consiguiente, es indispensable que el elemento independiente piense seriamente en el porvenir de la Patria, que sacuda su pesado indiferentismo, que haga un vigoroso esfuerzo, que se organice y que luche por la reivindicación de sus derechos.

En estas circunstancias, la única lucha posible y patriótica, será entre el absolutismo y la democracia.

Los partidarios del gobierno, ya sea por conveniencia ó por miedo, que se vayan afiliando en las banderas porfiristas, pues ya sea que como Vice-Presidente proclamen al Señor Corral ó al General Reyes, sus tendencias serán las mismas.

En cambio, el elemento independiente, el que quiere el gobierno de *todos*, que se afilie en las banderas del Partido Nacional Democrático, del cual hablaremos en los capítulos siguientes.

Este partido aun no existe de hecho, aun no está organizado, pero sí existe en las aspiraciones nacionales y el proyecto que vamos á presentar, proponemos que sirva de base para su organización.

Sabemos muy bien las dificultades tan grandes que presta la idea para llevarse á la práctica, pero creemos que es indispensable para la salvación de la Patria afrontar resueltamente la situación y no hemos vacilado en hacerlo.

Cuantas veces al grito de «al enemigo» han volado nuestros escuadrones afrontando una muerte segura para desalojar al invasor extranjero de las inexpugnables trincheras que ocupaba.

Pues bien, ahora también nos dice nuestra Patria: «al enemigo» y el enemigo es el poder absolu-



to; volemós pues al ataque; hagamos á nuestra Patria el sacrificio de nuestra tranquilidad, de nuestro reposo, de nuestra vida si es necesario, pero salvémosla, pues no hay que engañarnos, vamos á un precipicio y así como nunca hemos vacilado en exponer nuestras vidas cuando nuestra independencia ha sido amenazada por el invasor extranjero, tampoco debemos de escatimarlas ahora que el enemigo está dentro de nosotros mismos, y que amenaza seriamente nuestras libertades y aunque no tan visible como aquel, no por eso deja de darnos golpes más certeros minando nuestras instituciones, arrancándonos nuestras libertades, y maniatándonos, para entregarnos inermes al invasor extranjero, ó haciéndonos caer á tal degradación, que sucumbiremos bajo el peso de nuestros propios vicios.

Pero si aconsejamos que se desprece la vida para salvar á la Patria, no por eso aconsejamos que se tomen las armas para combatir el actual gobierno, pues volveríamos á caer en el tristísimo *dédalo* de las guerras intestinas, que tantos peligros acarrearían á la Patria.

En las grandes luchas democráticas nunca corre la sangre hermana, nunca se arriesga la vida en ellas, pero aquí en nuestro país es diferente, pues los que están en el poder desde la victoria de Tecuac, nunca han respetado la opinión pública y cuando el pueblo ha querido hacer uso de sus derechos democráticos, se lo ha impedido el Gobierno valiéndose de la fuerza bruta, como lo atestiguan los ruidosos atentados del 2 de abril en Monterrey

y los menos ruidosos que ha presenciado todo Estado que ha querido reivindicar sus derechos.

Por estas circunstancias decimos que los que quieran luchar en la próxima campaña política y militar en los bandos anti-reeleccionistas, tendrán que resolverse á afrontar los más grandes peligros, aun la misma muerte si es preciso; pero es preferible que caigan algunas víctimas bajo el peso de la victoriosa espada que nos domina y no que se vaya á ensangrentar el país con un número muy superior como el que resultaría de una revolución.

Estas últimas, á pesar de ser innumerables, constituirían un sacrificio estéril, mientras que las otras á pesar de ser poco numerosas, prestarían inmensos servicios á la Patria, pues con su sangre lograrían cimentar la base del Partido Nacional Democrático, que una vez constituido, será la salvación de la Patria, ya sea que resulte vencido ó victorioso en la próxima contienda electoral.